

ANTONIO ELIZALDE HEVIA

Las adicciones civilizatorias: consumo y energía. ¿Caminos hacia la felicidad?

“Vivir más sencillamente para que otros puedan sencillamente vivir”
(Mahatma Gandhi)

“El consumismo es el mundo social de las apetencias y
el reino momentáneo de los caprichos”
(José Antonio Marina)

*En el imaginario construido en las sociedades actuales -sociedades globalizadas por el capitalismo industrial de consumo masivo- están instalados un conjunto de mitos sobre la realidad que condicionan gran parte de las creencias con las cuales, quienes integramos estas sociedades, nos movemos en nuestra vida cotidiana. Algunos de estos mitos economicistas -posiblemente los más relevantes para nuestros futuros análisis- son los siguientes: más siempre es igual a mejor; calidad de vida es igual a cantidad de bienes; crecimiento es igual a desarrollo; la liberalización de los mercados es conveniente y necesaria para todos; la libertad de elección en el mercado nos hace más libres; el crecimiento elimina la pobreza; la tecnología todo lo puede; la naturaleza no es imprescindible.¹ En este texto se analizan algunos de ellos con el propósito de desenmascarar o deconstruir algunas “verdades oficiales” sobre la felicidad y la riqueza humana.**

Antonio Elizalde Hevia es sociólogo y Rector Emérito de la Universidad Bolivariana de Chile

¹ En trabajos anteriores he intentado demostrar el carácter absolutamente falaz de algunos de los mitos a los cuales hago referencia. Ver, por ejemplo, “Desarrollo y sustentabilidad: límites y potencialidades. (Una mirada desde la perspectiva del Sur)”, en *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, N° 89, Madrid, octubre-diciembre de 1992, y “Modelos de desarrollo e integración económica”, en *Revista Argentina de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 2, Buenos Aires, 1998.

* Este texto está basado en la ponencia “La insuficiencia de lo suficiente: sobre cegueras y adicciones civilizatorias”, realizada en el seminario *Necesidades, economía sostenible y autocontención* celebrado el 13 de diciembre de 2007 en Madrid, y organizado por ISTAS, CSIC y CIP-Ecosocial.

Adicción al consumo

¿Mejoramiento o deterioro de la calidad de vida?

El informe del Worldwatch Institute sobre la situación del mundo 2004, titulado *Más ricos y gordos, pero no más felices*, señala: “El apetito de los consumidores ha disminuido la calidad de vida de ricos y pobres. El mundo consume bienes y servicios a un ritmo insostenible, con graves consecuencias para el bienestar de las personas y del planeta”.² Dicho informe sostiene que cerca de 1.700 millones de personas (más de un cuarto de la humanidad) han ingresado en la clase consumidora al adoptar la dieta, los sistemas de transporte y el estilo de vida que durante la mayor parte del siglo XX estuvieron restringidos a los países ricos de Europa, América del Norte y Japón. Sólo en China, en los años recientes 240 millones de personas se unieron a las filas de los consumidores, una cifra que pronto superará a la de EEUU.

Casi la mitad de los consumidores, definidos como aquellos que utilizan televisores, teléfonos e internet, y que reciben la cultura y los ideales que estos medios transmiten, viven en países en desarrollo. “El aumento del consumo ayudó a satisfacer necesidades básicas y a crear empleo”, pero ese apetito se ha vuelto desmesurado, y “a medida que nos internamos en el nuevo siglo, perjudica los sistemas naturales de los que dependemos, y hace aún más difícil a los pobres del mundo satisfacer sus necesidades básicas”, afirma Christopher Flavin, presidente del Worldwatch Institute.

Igualmente, el informe mencionado da cuenta de un deterioro de la calidad de vida debido al sobreconsumo. “El alto porcentaje de obesidad y de endeudamiento personal, la falta crónica de tiempo y el ambiente degradado son señales de que el consumo excesivo disminuye la calidad de vida de muchas personas”. De ahí que se plantee que el desafío ahora es movilizar a gobiernos, empresas y ciudadanos para que dejen de concentrarse en la acumulación desenfrenada de bienes y se aboquen a buscar formas de asegurar una vida digna para todos los seres humanos.

El costo del consumo para la salud

Así como la falta de recursos afecta a la salud de los pobres, el consumo desenfrenado también se cobra sus víctimas, dice el informe, sugiriendo que tener demasiado es tan peligroso como no tener suficiente. Por ejemplo, el tabaquismo provoca unos cinco millones de

² L. Brown et al., informe del Worldwatch Institute sobre el medio ambiente y el desarrollo, *La situación del mundo 2004*, Worldwatch Institute, FUHEM, Madrid, 2004.

muerres al año. En 1999, los gastos médicos y la pérdida de productividad relacionados con este hábito costaron a EEUU más de 150.000 millones de dólares, casi 1,5 veces los ingresos que las cinco mayores empresas tabacaleras del mundo obtuvieron ese mismo año.

Se estima que en EEUU, un 65% de los adultos tiene sobrepeso u obesidad, lo que causa un promedio de 300.000 muertes anuales y en 1999 generó gastos médicos valorados en 117.000 millones de dólares. Un estudio de más de 200.000 personas en 448 condados estadounidenses reveló que las personas que viven en barrios residenciales suburbanos caminan menos y pesan, como media, casi tres kilos más que aquellas que viven en áreas densamente pobladas. Los residentes suburbanos tienen tantas probabilidades de sufrir hipertensión como los fumadores. Además, el adulto estadounidense medio pasa unos 72 minutos por día al volante, con frecuencia solo.

**Así como la falta de recursos afecta a la salud de los pobres,
el consumo desenfrenado también se cobra sus víctimas;
tener demasiado es tan peligroso como no tener suficiente**

Las presiones horarias a menudo se vinculan con la necesidad de trabajar largas horas para sustentar hábitos de consumo, y para mejorar, almacenar o mantener posesiones. Los estadounidenses son los que más horas trabajan del Norte industrial, con 350 horas más al año (nueve más a la semana) que los europeos.

Sin embargo, la locomotora del consumo no da señales de frenar, en especial en EEUU, donde la mayoría de las personas tiene más bienes y servicios de los que precisa para llevar una vida digna. En ese país hay más vehículos particulares en la calle que personas con licencia para conducir, señala el informe del Worldwatch Institute. El tamaño medio de los refrigeradores en los hogares estadounidenses subió un 10% entre 1972 y 2001, y el número de esos aparatos por hogar también aumentó. En 2000, las casas nuevas eran un 38% más grandes que en 1975, pese a tener menos ocupantes. Sin embargo, el incremento del consumo no ha hecho a los estadounidenses más felices. Cerca de un tercio de ellos se consideran “muy felices”, la misma proporción que en 1957, cuando eran la mitad de ricos.

Un modelo de consumo injusto e insostenible

El aumento del consumo en EEUU, otros países ricos y muchos en vías de desarrollo es más de lo que el planeta puede tolerar, advierte el citado informe. Bosques, humedales y otros sitios naturales se reducen para dar paso a los seres humanos con sus viviendas,

granjas, centros de compra y fábricas. Pese a la existencia de fuentes alternativas, más del 90% del papel todavía se hace a partir de los árboles, lo que insume cerca de un quinto de la cosecha mundial de madera. Se estima que el 75% de las pesquerías del planeta son actualmente explotadas al límite sustentable o sobreexplotadas. Y aunque la tecnología permite hoy una mayor eficiencia de combustible, los automóviles y otros medios de transporte usan casi el 30% de la energía mundial y consumen el 95% del petróleo.

La sección del informe que compara el gasto personal en artículos suntuarios con el dinero necesario para atender necesidades sociales o económicas acuciantes permite apreciar con claridad el sesgo del modelo mundial de gasto. Por ejemplo, ofrecer alimentos suficientes, agua potable y educación básica a los más pobres del mundo costaría menos que la cantidad invertida cada año en cosméticos, helados o comida para mascotas. El gasto anual en cosméticos asciende a 18.000 millones de dólares, mucho más que los 12.000 millones que costaría ofrecer atención médica a todas las mujeres. Para eliminar el hambre y la desnutrición, se requeriría una inversión anual de 19.000 millones de dólares, sólo 2.000 millones más de lo que invierten los europeos y estadounidenses en alimentos para mascotas cada año. La inmunización de todos los niños costaría 1.300 millones de dólares, casi 10 veces menos que los 11.000 millones de dólares gastados por los europeos al año en helados (ver tabla 1).

Tabla 1

Otra comparación odiosa para algunos, indignante para otros

Enseñanza básica para todos	\$6 mil millones*
Cosméticos en EEUU	\$8 mil millones
Agua y saneamiento para todos	\$9 mil millones*
Helados en Europa	\$11 mil millones
Salud reproductiva para todas las mujeres	\$12 mil millones*
Perfumes en Europa y EEUU	\$12 mil millones
Salud y nutrición básicas	\$13 mil millones*
Alimento para animales domésticos en Europa y EE UU	\$17 mil millones
Recreación de empresas en Japón	\$35 mil millones
Cigarrillos en Europa	\$50 mil millones
Bebidas alcohólicas en Europa	\$105 mil millones
Drogas estupefacientes en el mundo	\$400 mil millones
Gasto militar en el mundo	\$780 mil millones

(*Estimación del costo anual adicional de lograr el acceso universal a servicios sociales básicos en todos los países en desarrollo).

Fuente: PNUD, *Informe Mundial sobre Desarrollo Humano 1998*.

Adicción a la energía

Una segunda adicción civilizatoria es a la energía, de la cual podemos preguntarnos, introduciendo de inmediato un juicio crítico, si no será, más bien, una adicción al calentamiento global. Los *homo sapiens* llevamos varios miles de generaciones habitando el planeta. Pero hace tan sólo ocho generaciones, cuando James Watt perfeccionó la máquina de vapor que había diseñado Thomas Newcomen, nuestra especie aprendió a usar la energía del sol, condensada en forma de combustibles fósiles, para alimentar un metabolismo social que desde entonces no ha parado de crecer. Nuestro consumo desmesurado e irracional de energía, y nuestra adicción a los combustibles fósiles (que suponen el 85% de la energía que consumimos), nos están conduciendo, lenta pero inexorablemente, a una doble crisis sin precedentes, causada por los problemas entrelazados de energía y medio ambiente.

Calentamiento global y ¿futuro?

Las conclusiones del Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC) han dejado recientemente de ser cuestionadas por razones políticas (aunque disfrazadas de científicas), como lo fueron durante varios años debido a la posición de rechazo del Gobierno de EEUU a aceptar las consecuencias que de allí se derivan en términos de compromisos de reducción de las emisiones de dióxido de carbono. Fueron varios los informes que el propio Gobierno estadounidense solicitó y ocultó, como el documento para el Pentágono respecto a escenarios posibles derivados del calentamiento global, desvelado por *The Observer* (algo así como la versión dominical de *The Guardian*) en su publicación del 22 de febrero de 2004.

El calentamiento del planeta podría provocar el desplazamiento de más de 150 millones de personas para el año 2050, de acuerdo a un estudio presentado en una conferencia realizada en Exeter (Reino Unido) en enero de 2005. Serán refugiados del clima que huyen de la subida del nivel de las aguas del mar o abandonan las tierras estériles para la agricultura. India, por ejemplo, podría contar con 30 millones de desplazados debido a las inundaciones, mientras la sexta parte del territorio de Bangladesh podría desaparecer bajo las aguas o inhabilitarse para la agricultura a causa de los desprendimientos de terreno, según Rajendra Pachauri, presidente del IPCC.

Las estimaciones del IPCC respecto al cambio climático durante el próximo siglo fluctúan entre una hipótesis baja de 1,4 grados centígrados y una hipótesis alta de 5,8 grados de aumento de la temperatura media global entre los años 2000 y 2100. Como producto de este incremento de las temperaturas, el nivel del mar subiría de 9 a 88 centímetros. El calentamiento agravaría al mismo tiempo los problemas de la sequía o el acceso al agua potable, que ya sufren regiones enteras del planeta. Más de 1.400 millones de personas viven en estas zonas, donde

la población dispone de menos de 100 m³ de agua por persona y por año. La mayoría vive en el sur y suroeste asiáticos, en Oriente Medio y en el área mediterránea. Para 2050 disminuirá la disponibilidad de agua en estas regiones, así como en algunas partes del continente americano.

Este umbral de dos grados puede afectar a la calidad de vida de entre 700 millones y 2.800 millones de personas, en función del crecimiento de la población y de la gravedad del calentamiento, y acarreará a la vez “extinciones masivas de especies de animales y vegetales, el aumento del hambre en el mundo y de la escasez de agua, e impactos sociales y económicos graves, sobre todo en los países en desarrollo”, según señaló Bill Hare, director de política climática de Greenpeace.

**La Historia nos enseña que los cambios civilizatorios siempre
los han iniciado pequeñas minorías que un día deciden
cambiar sus estilos y formas de vida**

La hipótesis extrema: la venganza de Gaia

El científico británico James Lovelock, conocido como el autor de la *teoría Gaia*, publicó en febrero de 2006 el libro *La venganza de la Tierra*,³ donde predice que no prosperarán los esfuerzos contra el calentamiento del planeta. Sostiene que el cambio climático ha superado un punto sin retorno que causará la muerte a “miles de millones de personas” antes de fin de siglo.

Lovelock cree que es precisamente el mecanismo autorregulador de Gaia, como llama a la Tierra, el que impedirá que los humanos controlen el efecto invernadero, causante del calentamiento del planeta. Ello se debe, según esa hipótesis, a que dicho mecanismo tiene numerosos sistemas de retroalimentación que en el pasado han actuado para mantener la temperatura de la Tierra mucho más fría de lo que sería normal. Pero ahora, esos sistemas van a actuar para amplificar el calentamiento que generan las actividades industriales, por las emisiones masivas de dióxido de carbono, el principal gas causante del efecto invernadero. Ello significa que las consecuencias de esas actividades humanas no serán lineales, sino que se acelerarán de modo incontrolable. Uno de los peligros que apunta Lovelock es la rápida desaparición de una capa de polvo atmosférico presente en el hemisferio Norte y producto de la acción industrial. Si debido a una fuerte caída de la actividad industrial desapareciese esa capa, muchas más radiaciones solares llegarían directamente, lo que ocasionaría una alarmante subida de las temperaturas.

³ J. Lovelock, *The revenge of Gaia, Why the Earth Is Fighting Back - and How We Can Still Save Humanity*, Penguin Books Ltd., Londres, 2006; publicado también en castellano como *La venganza de la Tierra. Por qué la Tierra está rebelándose y cómo podemos todavía salvar a la humanidad*, Planeta, Barcelona, 2007.

Adicción al calentamiento global

El planeta, visto de noche desde algún satélite, muestra una clara asimetría en el consumo de energía. Lo que se ve es un Norte ampliamente iluminado y un Sur cuyas luces se corresponden con sus grandes áreas urbanas. Pedro Gómez Romero señala: “Nuestra capacidad tecnológica, nuestra herencia cultural, marcan diferencias evidentes entre nuestra especie y el resto de las especies vivas. Cualquier ser vivo, desde una ameba unicelular hasta una ballena azul, mantiene su orden biológico interno gracias al consumo de energía; energía somática que alimenta los engranajes de complejos metabolismos y de ecosistemas enteros, una energía que como sabemos procede en última instancia del sol. Pero lo que verdaderamente nos diferencia de forma radical es nuestro uso de la energía. Los *homo sapiens* somos la única especie que ha aprendido a hacer uso de fuentes externas de energía adicional para mantener funciones sociales, ajenas a nuestros metabolismos biológicos, funciones como el transporte, la comunicación y la defensa que han ido creciendo en complejidad hasta conformar un verdadero metabolismo social. Mantener la estructura y el funcionamiento de este socio-metabolismo cuesta enormes cantidades de energía. Muchas, muchísimas kilocalorías de una energía que llamamos exosomática”.⁴

A partir del reinvento de la máquina de vapor por Watt todo cambió. La primera revolución industrial arrancó una espiral de retroalimentación mutua entre extracción de recursos, producción, transporte y consumo energético que no ha cesado hasta nuestros días. Ha cambiado desde entonces el combustible que alimenta nuestro metabolismo social. A la madera le siguió el carbón, de sorprendente poder calorífico, pero después de un siglo de quemar los residuos del carbonífero, un nuevo combustible cambió el panorama energético de nuestro planeta. Si el carbón había impulsado la revolución industrial en el siglo XIX, el petróleo tomó el relevo e hizo del XX el siglo de los cambios globales. Así como una minería del carbón pujante había sido la marca de los Estados dominantes del siglo XIX, la industria del petróleo dio origen a las multinacionales hegemónicas del siglo XX, que han y se han alimentado del concepto Ford-T y la producción en cadena, de dos guerras mundiales y una fría, del turismo de masas y de la sociedad de consumo.

Como resultado de todo esto, los privilegiados por haber nacido consumidores gastamos y dilapidamos hoy más energía exosomática que nunca, y lo hacemos a un ritmo creciente. Esta situación es absolutamente insostenible. Tyler Miller mantiene que el consumo social de esta energía ha pasado de 2.000 kilocalorías diarias por persona en las sociedades primitivas de cazadores recolectores a más de 230.000 kilocalorías, que son las consumidas diariamente por persona en la sociedad estadounidense actual.⁵ Nuestra civi-

⁴ Ver www.cienciateca.com. También, P. Gómez Romero, *Un planeta en busca de energía*, Síntesis, Madrid, 2007.

⁵ G. T. Miller, *Living in the Environment*, Brooks/Cole, St. Paul, Minnesota, 2000.

lización, a diferencia de las anteriores, se ha transformado en una sociedad completamente dependiente de la energía exosomática para funcionar. Cualquier colapso energético podría llegar a generar crisis absolutamente inmanejables en términos políticos y económicos.

Las soluciones deberemos buscarlas entonces por otros caminos. Si observamos sin prejuicios la historia de la ciencia, ésta nos muestra que los cambios son posibles y que los grandes descubrimientos que han revolucionado nuestras vidas tienen su origen en pequeños núcleos de conocimiento y centros de investigación, que sólo necesitan algo de apoyo y un ambiente adecuado de libertad y creatividad para dar frutos. La Historia nos enseña que los cambios civilizatorios siempre los han iniciado pequeñas minorías que un día deciden cambiar sus estilos y formas de vida. Ahora es el momento de sembrar lo que acabará siendo la historia de nuestro futuro.

El problema distributivo

“Tenemos suficiente para las necesidades de todos, pero no para la codicia de unos pocos”
(Mahatma Gandhi)

El *Informe Mundial sobre Desarrollo Humano 1998* preparado por el PNUD señaló lo siguiente: “estimaciones nuevas indican que los 225 habitantes más ricos del mundo tienen una riqueza combinada superior a un billón de dólares, igual al ingreso anual del 47% más pobre de la población mundial (2.500 millones de habitantes)”.⁶ (Ver tabla 2)

Tabla 2
% del PIB mundial poseído por la población mundial

Año	Por el 20% más pobre	Por el 60% medio	Por el 20% más rico
1900	8,9	40,2	50,9
1950	5,1	35,4	59,5
1980	3,4	40,8	55,8
1994	4,1	31,7	64,2

Fuente: C. Comas, *Sociedad, economía, cultura: una aproximación histórica*, Publicaciones ESADE, Barcelona, 1999.

⁶ PNUD, *Informe Mundial sobre Desarrollo Humano 1998*, Mundi-Prensa Libros S.A., Madrid, 1998.

Otros datos significativos son los siguientes:

- de los 6.000 millones de habitantes del mundo en 1999, la mitad tenía que sobrevivir con menos de tres dólares al día.
- uno de cada dos de estos pobres no ganaba más de un dólar al día.
- desde 1974 a 1999 se ha duplicado el número de pobres en el mundo.

Preguntas necesarias

¿A qué comportamientos, individuales y colectivos, podemos atribuir esta situación? ¿En qué medida somos responsables? ¿Cómo compatibilizar la paradoja fundamental de nuestro tiempo –economías pujantes, dinámicas, tecnológicamente crecientes, que obtienen flujos de mayor dinamismo gracias a proporcionar un bienestar descomunal para unos pocos, pero inevitablemente excluyentes, elitistas y asimétricas– frente a economías centradas en la búsqueda de bienestar para todos, de mayores simetrías pero que se fueron quedando rezagadas en velocidad de circulación de los flujos económicos, científicos, tecnológicos, políticos y culturales?

Podemos seguir haciéndonos preguntas: ¿Cuánto pesa el consumo de agua o de energía de una vivienda de 300 o 400 m², con 1.000 o 2.000 metros de jardines (césped) para un solo grupo familiar y con un vehículo por cabeza en una familia conformada por cinco o seis personas? Ese nivel de gasto energético, ¿es equivalente al de cuántas familias de pobladores de barrios pobres de nuestros países (favelas, villas miseria, pueblos jóvenes o campamentos)?

Una afirmación quizás excesiva, aunque no por eso menos cierta, y sobre la cual es conveniente reflexionar, es la que hizo Mahatma Gandhi: “Es robo tomar algo de otra persona, aun cuando nos lo permita, si no tenemos real necesidad de ello. No debíamos recibir ni una sola cosa que no necesitemos. De acuerdo con esta definición, el alimento es generalmente objeto de robo. Para mí, es robo tomar una fruta que no necesito o tomarla en una cantidad mayor que la necesaria. No siempre nos damos cuenta de nuestras necesidades reales, por lo cual la mayoría de nosotros multiplicamos impropriamente nuestras carencias, convirtiéndonos inconscientemente en ladrones. Si le dedicáramos alguna reflexión al tema, veríamos que podemos desembarazarnos de una gran cantidad de necesidades. Quien practique la observancia del no-robar, llegará a una reducción progresiva de lo que necesita. El origen de gran parte de la aflictiva pobreza que hay en el mundo son las violaciones al principio de no-robar. Sostengo que en cierta medida somos ladrones. Si tomo algo que no necesito para mi uso inmediato y lo guardo, se lo estoy robando a alguien. Me atrevo a sugerir que la ley fundamental de la naturaleza –ley que no admite excepciones– es produ-

cir lo suficiente para nuestras necesidades diarias; en consecuencia, si cada uno tomara lo suficiente para sí mismo y nada más, no habría pauperismo en el mundo, no habría ningún hombre en el mundo que moriría de hambre. Entonces, mientras mantengamos esa desigualdad, estaremos robando”.⁷

Una teoría de las necesidades humanas fundamentales y algunas propuestas de acción

Creo necesario empezar recordando algunos de los mitos que alimentan la insostenibilidad del desarrollo:

- El crecimiento es la mejor manera de combatir la pobreza, porque permite una mejor distribución.
- El crecimiento económico -actualmente llamado modernización- es el único camino para mejorar la calidad de vida.
- Las necesidades son muchas, ilimitadas, cambiantes y siempre crecientes.

En relación al primer mito, ya hemos visto cómo, a pesar del importante crecimiento experimentado por la economía mundial durante el siglo pasado, la pobreza tanto relativa como absoluta se incrementó, al igual que empeoró la distribución de la riqueza. Asimismo hemos aportado información que permite afirmar que la calidad de vida se comienza a deteriorar cuando se sobreconsume. Hace ya varias décadas, en sus muy agudos análisis, Ivan Illich y André Gorz demostraron cómo el crecimiento capitalista genera nuevas formas de pobreza.

Por otra parte, suponer de forma mecánica que “más es igual a mejor” es otro grave error. Por investigaciones iniciadas en EEUU y Reino Unido, se constata que, en los países más ricos de la actualidad, a pesar de un crecimiento económico sostenido, la calidad de vida de las personas se está deteriorando de manera dramática.⁸

En cualquier sociedad, hay un periodo histórico en el que el crecimiento económico mantiene una relación positiva con el aumento de la calidad de vida, pero se llega a un punto –el punto umbral– a partir del cual todo crecimiento económico adicional se traduce en dete-

⁷ M. Gandhi, *En lo que yo creo*, Dante quincenal, Mérida, 1987, p. 88.

⁸ Ver H. E. Daly y J. B. Cobb, *For the Common Good: Redirecting the Economy Toward Community, The Environment, and a Sustainable Future*, Beacon Press, Boston, 1989; publicado también en castellano como *Para el bien común. Reorientando la economía hacia la comunidad, el ambiente y un futuro sostenible*, FCE, México, 1993. Ver, también, E. J. Mishan, “El crecimiento de la abundancia y la disminución del bienestar”, en Herman Daly (compilador), *Economía, ecología y ética. Ensayos hacia una economía de estado estacionario*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1989.

rioro de la calidad de vida, expresado en términos de estrés, enfermedades cardíacas, enfermedades mentales, violencia, delincuencia, accidentes, drogadicción, alcoholismo, contaminación, etc.

La pregunta respecto a “¿cuánto es suficiente?”, que nadie se hace y que debiera hacerse desde el nivel individual hasta el nivel colectivo, es la más importante que puede hacerse uno hoy en cualquier parte del mundo. En los países más pobres, conociendo dónde está el punto umbral: crecer distribuyendo adecuadamente hasta ese punto y detener ahí el crecimiento, pero continuando su desarrollo. En los países ricos, los que ya cruzaron el punto umbral, para readecuarse al resto de la humanidad y participar de una política global de redistribución de la riqueza.

En los países más ricos de la actualidad, a pesar de un crecimiento económico sostenido, la calidad de vida de las personas se está deteriorando de manera dramática

Hace más de una década, Kenneth Boulding, quien fue presidente de la Asociación de Economistas de EEUU y también de la Asociación Norteamericana para el Avance de las Ciencias, afirmó: “Aquel que crea que el crecimiento exponencial puede continuar perpetuamente en un mundo finito o es un imbécil o un economista”. De un modo similar, Herman Daly, uno de los fundadores de la Economía Ecológica, ha sostenido la necesidad de transitar hacia una economía en estado estacionario: “Las consecuencias económicas y sociales del estado estacionario son enormes y revolucionarias. Los flujos físicos de producción y de consumo se deben minimizar y no maximizar en función de una población y un nivel de vida deseables. El concepto central debe ser el acervo de riqueza y no, como ahora, el flujo de ingreso y consumo. Además, el acervo no debe crecer. Por diversos motivos, el problema más importante del estado estacionario no será la producción sino la distribución”.⁹

Daly continúa afirmando: “Ya no se podrá soslayar el problema de las participaciones relativas apelando al crecimiento ni esgrimir el argumento de que todos serán felices con tal de que la participación absoluta de cada uno aumente, sin tener en cuenta la participación relativa. La participación absoluta y relativa irán de la mano y la división de la riqueza física será un juego de suma cero”.¹⁰

⁹ H. Daly, *op. cit.*, 1989, p. 34.

¹⁰ *Ibidem.*

Diversos trabajos empíricos,¹¹ que hacen uso del Índice de Bienestar Económico Sustentable (ISEW, por sus siglas en inglés) propuesto por Daly y Cobb,¹² han permitido comprobar la hipótesis del punto umbral.¹³ Ésta sostiene que el crecimiento económico y la calidad de vida se disocian a partir de un determinado nivel de dicho crecimiento, ya que a pesar del mayor crecimiento económico no se incrementa la calidad de vida, más bien esta última tiende a decrecer.

Asimismo, José Manuel Naredo, en su libro *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, presenta un cuadro que muestra la evolución de los principales agregados reales y financieros a escala planetaria.¹⁴

Año	Población millones de habitantes	PIB per cápita en dólares	PIB Total (10x12 US\$)	Exportaciones (10x12 US\$)	Inversión (10x12 US\$)	Activos Financieros (10x 12 US\$)
1982	4.600	2.426	11,1	1,8	2,9	13,9
1988	5.100	3.552	18,2	2,3	3,9	36,5
1995	5.700	5.003	28,3	4,9	5,7	77,8
2000	6.000	5.150	31,0	6,1	7,1	120,1
2004	6.400	6.390	40,9	8,4	9,0	148,6
% Variación anual 1982 -2004	1,5	4,5	6,1	7,2	5,3	11,4

El cuadro presentado demuestra que el crecimiento de la riqueza experimentado en los últimos 20 años ha sido fundamentalmente de tipo financiero y especulativo, lo cual lleva a Naredo a sostener la imposibilidad de globalizar el desarrollo. “No es posible que todos los países apoyen su economía sobre un déficit físico y territorial a cubrir con cargo al resto del mundo, que es utilizado como base de recursos y sumidero de residuos, como tampoco lo es que inclinen su metabolismo hacia el uso masivamente creciente de recursos no renovables”.¹⁵

¹¹ *Ibidem*. Ver también T. Jackson y N. Marks, *Measuring sustainable economic welfare. A pilot index: 1950-1990*, Stockholm Environment Institute, The New Economics Foundation, 1994, p. 46; H. Diefenbacher, *The Index of Sustainable Economic Welfare in Germany. The Green National Product*, UPA, Nueva York, 1994; H. Hobermayr et al., “The index of sustainable economic welfare (ISEW) as an alternative to GDP in measuring economic welfare. The result of the Austrian (revised) ISEW calculation, 1955-1992”, *Ecological Economics*, N° 21, 1997, pp. 19-34; D. Rosenberg y T. Oegema, *A Pilot ISEW for the Netherlands 1950-1992*, Instituut vor Milieu-En systeemanalyse, Amsterdam, 1995; B. E. Castañeda, “An index of sustainable economic welfare (ISEW) for Chile”, *Ecological Economics*, N° 28, 1999, pp. 231-244.

¹² Ver la propuesta metodológica y su aplicación al caso de EEUU en el Anexo de H. Daly y J. B. Cobb, *op. cit.*, 1989.

¹³ Hipótesis formulada por Manfred Max-Neef.

¹⁴ J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Mas allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, 2006, p. 78.

¹⁵ *Ibidem*, p. 256.

Los tres grandes mitos de la civilización occidental: una interpretación psico-sociológica del consumo

Joaquín García Roca señala la existencia, en el imaginario de la sociedad actual, de tres grandes mitos que alimentan el sistema de lenguaje hegemónico: el mito de la cumbre o del éxito; el mito de la normalidad; el mito de la presentabilidad o de la apariencia.¹⁶ El primero “impone los criterios prácticos en el sistema de relaciones cotidianas. La experiencia humanamente significativa se ha deportivizado y todo lleva camino a convertirse en trofeo”.¹⁷ De modo que tarareando *we are the champions* o “pero sigo siendo el rey” todos debemos encaminarnos a la búsqueda de ser unos triunfadores, unos ganadores, personas que cosechan victorias, que acumulan premios, medallas y certificaciones de toda índole. La vida se ha llegado a concebir como una carrera, una competencia de todos contra todos, en la cual lo único que importa es ganar como sea; no importa que en ese ascenso a la cumbre uno no se preocupe de no pisarle los dedos a quien viene detrás o de pasarlo a llevar y despearlo. Como mucho se colaborará con alguien siempre y cuando sea funcional al propósito propio de vencer.

El segundo mito, el de la normalidad, nos impone una determinada forma de ser humano. “Se ha impuesto culturalmente la identificación de un determinado modelo de ser humano, que nació histórica, geográfica y socialmente de la revolución industrial, con el humano genérico y universal”.¹⁸ Como señala García Roca, con la colaboración de todos (ciencia, iglesias, cultura, instituciones sociales, empresas) “se universalizó lo particular, se niveló la diferencia y se impuso un determinado examen de madurez que marcaba la línea divisoria entre la normalidad y la anormalidad, lo correcto y lo incorrecto, lo adaptado y lo inadaptado”.¹⁹ De modo que todo lo que no entre en esta ortodoxia y no calce el criterio de medida y la talla ideal así definida, no pasa los exámenes de madurez humana y “queda identificado y definido como proceso de degeneración, minoría de edad, incapacidad o impotencia. No fueron capaces ayer ni hoy de aprobar este examen las minorías étnicas, los enfermos, las personas con deficiencias, los ancianos, los disidentes, las personas improductivas, los inadaptados: los últimos que se han convertido en las plagas y azotes del siglo XX. Todos ellos, ayer y hoy, certifican según la ideología dominante su inferioridad humana, su tara y su degradación. Tenemos el mito adecuado para la más despiadada marginación”.²⁰

El mito anterior ha generado un tercer mito: el de la presentabilidad. “En el sistema determinado por el predominio del parecer sobre el ser, no importa tanto lo que alguien es como

¹⁶ J. García Roca, *El Dios de la fraternidad*, Ediciones Salterrae, Santander, 1990.

¹⁷ *Ibidem*, p. 6.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

que sea presentable. Desde esta instancia era suficiente garantizar que los mecanismos de destrucción física de dominación moral fueran presentables”.²¹ Es así como, parafraseando en los hechos el conocido aforismo “miente, miente, que algo queda”, se podría señalar, respecto a la tragedia de los desaparecidos en muchos de nuestros países, que tanto las personas como las instituciones involucradas aplicaron como norma de actuación la conducta “niega, niega que al final se olvida”.

Todo es apariencia. Ya no importa tanto el ser leal, honesto, veraz, generoso, fiel u honrado como el parecerlo o aparentarlo. En un imaginario instalado en esta creencia ya no hay lugar para el esfuerzo anónimo y silencioso asociado al cumplimiento de deberes de estado (madre o padre, trabajador, ciudadano); si hago algo, tengo que exhibirlo, pregonarlo, ostentarlo, publicarlo. Importa más el envase que el contenido, lo formal que lo sustantivo.

**Hay una incapacidad para percibir a nuestro planeta como
nuestro único hogar posible y, a diferencia de las bestias, no tenemos
conciencia de que emporcamos nuestro propio nido**

El error epistemológico de Occidente

Sin embargo, esos tres mitos son sólo la parte visible del iceberg, puesto que ellos se anclan en un profundo error epistemológico, propio de nuestra cultura occidental. La realidad es siempre mucho más que lo aparente, que lo visible. Es además mucho más compleja. Nuestro error se llama reduccionismo. Sin embargo, la paradoja en la cual nos encontramos atrapados es que esa realidad es, a la vez, crecientemente construida por nuestras propias creencias y conductas. De modo que si reducimos la realidad, esto es, la simplificamos, estamos simplificando y reduciendo nuestro propio campo de operaciones. Estamos reduciéndonos a nosotros mismos. Estamos empequeñeciéndonos como seres humanos.

Las tendencias suicidas de la civilización actual

Es posible sostener la existencia en nuestra civilización de tendencias suicidas, ya que parte importante tanto de las conductas individuales como colectivas demuestra una incapacidad creciente para tomar conciencia de las señales provenientes del medio, que nos indican la cercanía a umbrales de eventual riesgo catastrófico para la supervivencia de la especie humana.

²¹ *Ibidem.*

Hay una ceguera evidente frente a los límites de toda índole que se nos hacen manifiestos en la vida cotidiana, la cual se expresa en conductas frente al calentamiento global, a la perforación de la capa de ozono, a episodios de contaminación atmosférica en muchas ciudades o a la eutrofización de aguas dulces, entre tantas otras. En dicha ceguera, la actitud típica se expresa en afirmaciones como “a mí no me va a pasar”, aunque se esté ebrio o con muchísimo sueño y, aun así, se pretenda conducir un vehículo motorizado, o se quiera salir o retornar a una metrópoli en un fin de semana largo; o “qué importa, si ni siquiera se nota”, cuando se arroja basura en la calle o en una carretera. Hay una incapacidad para percibir a nuestro planeta como nuestro único hogar posible y, a diferencia de las bestias, no tenemos conciencia de que emporcamos nuestro propio nido.

Una actitud similar es la de aquel colono o campesino que deforesta la selva amazónica o la mata atlántica (bosque tropical húmedo) para iniciar allí una explotación agrícola que, al cabo de un corto periodo, se tornará improductiva debido a la fragilidad de los suelos. Cada cual no logra percibir el impacto global de su propio accionar, que puede parecer insignificante mirado desde una escala agregada global, pero, cuando simultáneamente lo hacen muchas personas, se transforma en una catástrofe.

Ivan Illich sostuvo que la población de humanos vivos había llegado, en este siglo, a ser superior a la cantidad de humanos muertos desde los inicios de la humanidad. “La segunda -y mayor- parte de la humanidad nació en la época que puedo recordar, después de Guernica, en 1936. La mayoría de las personas que hoy son adictas a la energía eléctrica, a las ropas de telas sintéticas, a la comida chatarra y a los viajes. Viven más tiempo, pero si debemos creer a los osteopaleontólogos que escudriñan los cementerios para estudiar los huesos, la segunda parte de la humanidad contiene una gran proporción de gente malnutrida y físicamente impedida. Y la mayor parte de estos 5.000 millones actualmente vivos aceptan sin cuestionamiento su condición humana como dependiente de bienes y servicios, dependencia que ellos llaman necesidad. En justamente una generación, el hombre necesitado -*homo miserabilis*- se ha convertido en la norma”.²²

La población mundial actual estimada es de 6.644 millones de personas, y los cálculos más recientes de Naciones Unidas indican que, para el año 2025, será de 8.500 millones.²³ Si se analiza desde una perspectiva histórica su ritmo de crecimiento, se observa que después de la II Guerra Mundial se produce una explosión demográfica sin precedentes, producto de un aumento de la tasa de crecimiento. Una forma de percibir este efecto es observar cómo ha ido disminuyendo el tiempo transcurrido para que la población mundial se dupli-

²² I. Illich, “Necesidades”, en W. Sachs (Ed.), *Diccionario del Desarrollo. Una Guía del Conocimiento como Poder*, PRATEC, Lima, 1996, p. 158. Artículo escrito hacia finales de los años ochenta.

²³ La población mundial actualizada puede consultarse en: <http://geography.about.com>

que. Ésta ascendía a 500 millones en el año 600 d.C., y se tardó 1.200 años en alcanzar los 1.000 millones. De ahí en adelante se ha duplicado en 130 años, ya que en 1930 se llegó a los 2.000 millones y sólo se tardó 46 años más en alcanzar los 4.000 millones.

La explosión demográfica es una realidad incuestionable y que, en una parte importante del mundo, no es abordada responsablemente debido a prejuicios ideológicos y religiosos. Si a eso agregamos la creación sistemática de deseos, apetencias y caprichos (¿necesidades?), construida por las agencias publicitarias mediante el uso de los medios masivos de comunicación, llegamos a una situación absolutamente insostenible, en términos ambientales, como señalamos al analizar la adicción al consumo.

Paralelamente, existe una suerte de adicción aceleratoria, muy bien descrita y analizada por Paul Virilio en sus trabajos sobre velocidad, inmediatez e instantaneidad, que irrespeto o realiza una permanente violación de los tiempos naturales (los tiempos biológicos, los tiempos geológicos, los tiempos subjetivos, etc.). A partir de las categorías propuestas por Milton Santos, se puede afirmar que hay un espacio económico dominante caracterizado por una velocidad de circulación de los flujos de todo tipo, un espacio propio del tiempo dominante -el tiempo dinero-, que impone su lógica y sus ritmos a todos los espacios dominados.²⁴ De ahí que las sociedades occidentales estén obsesionadas por la eficiencia, aunque, paradójicamente, como lo señala Franz Hinkelammert, nieguen y sean incapaces de reconocer (e incluso destruyan) la principal de las eficiencias: la eficiencia reproductiva de la vida.²⁵

Con Gregory Bateson hemos aprendido que la conciencia de peligro solamente se despliega en situaciones de discontinuidad (o quiebre, como le llamaría Heidegger), de modo que cuando los procesos de los cuales hemos dado cuenta críticamente son una sumatoria de sucesos o eventos aislados en una línea del tiempo, pero constituyen una paulatina agregación global, lo que allí se produce es una recta en permanente incremento, una constante donde no se producen discontinuidades, quiebres o saltos.²⁶ De ahí que se pueda aplicar, como hacen muchos autores con la situación actual de la humanidad, la metáfora de la rana que, puesta en una olla sin tapa con agua que se comienza a calentar, no salta fuera y termina finalmente cocida. La progresión de aumento de la temperatura es constante y la rana se adapta a ese cambio constante, ya que su conciencia del peligro solamente puede activarse si hay un quiebre o salto brusco en la temperatura.

²⁴ M. Santos, *Por uma outra globalização. Do pensamento único à consciência universal*, Editora Record, Río de Janeiro, 2000.

²⁵ Ver F. Hinkelammert, *El mapa del emperador. Determinismo, caos, sujeto*, DEI, San José de Costa Rica, 1996, y F. Hinkelammert, *Solidaridad o suicidio colectivo*, Ambientico, San José de Costa Rica, 2003.

²⁶ G. Bateson, *Espíritu y naturaleza*, Amorrortu Ediciones, Buenos Aires, 1982.

Las tendencias deshumanizantes de la civilización actual

La sociedad consumista actual ha ido generando una tendencia hacia un tipo de consumismo compulsivo e instantáneo. Todos los mecanismos publicitarios y las tendencias culturales dominantes se proyectan en esa dirección. “Consuma ya, ahora”. Las propias orientaciones tecnológicas apuntan en tal sentido, con artefactos que faciliten el consumo constante e inmediato una vez aparecido el deseo.

Para ello es imprescindible estar permanentemente desvalorizando lo que antes era considerado valioso, pues hay una consistente tendencia a sobrevalorar la novedad. Illich habla de la producción social de valor negativo que degrada los patrones culturales mediante los cuales la gente, a lo largo de la historia, le ha dado sentido a sus vidas y ha encontrado la alegría y el goce de vivir. Paralelamente, el tema de las escalas conduce a la creación de bienes que se transforman en males: el partido de fútbol al cual llegan miles de personas que pretenden entrar como sea en el estadio, o las playas invadidas por multitudes de bañistas, o el sonido requerido para un recital multitudinario con decibelios insoportables para quienes están cercanos a los parlantes o bocinas, o el concierto de alarmas activadas cada noche cuando sus propietarios duermen profundamente o de día están lejos y no pueden escucharlas, etc. Estas sociedades han ido así caminando hacia una creciente producción social de obsolescencia y desechabilidad, incluso de seres humanos. Hay sociedades completas desechables como algunas repúblicas del centro de África o como Haití.

Una sociedad cuya economía exagera la competencia, mediante alegorías permanentes de la competitividad como valor supremo, olvidando que la competencia dejada en manos de su propia lógica, sin ningún tipo de regulación, termina destruyendo a la propia competencia. La lógica inherente de la competencia a ultranza, que busca destruir de cualquier manera posible al competidor, llega de ese modo a transformarse en monopolio, esto es, en aquello mismo que buscaba evitar y que la justificaba moralmente: la competencia que destruye la competencia. La bestia apocalíptica que se devora a sí misma.

Una breve digresión: ¿dónde se constituye lo humano?

Considero necesario compartir unas breves reflexiones en torno a la constitución de lo humano. En primer lugar, quiero recordar los aportes de Humberto Maturana, quien señala que el surgimiento del “lenguajear”, es decir, de los rudimentos de un lenguaje, se hace posible en nuestra especie en razón de la condición neoténica²⁷ del *homo sapiens*, ya que

²⁷ La neotenia se puede definir como la permanencia de rasgos infanto-juveniles en los individuos adultos o el retraso relativo en relación a otras especies del mismo género o familia para alcanzar la condición adulta, esto es, la autonomía individual.

ello requiere un periodo mayor de acompañamiento a los individuos inmaduros, y una prolongación de los periodos de lactancia, posibilitando así el desarrollo de un ser de emociones.²⁸

A ello hay que agregar que el surgimiento de la condición humana requiere de una necesaria distancia entre el surgimiento del deseo y su satisfacción. Es sólo mediante esa distancia como se abre paso a la mediación de la cultura. Sólo cuando con los sentidos impregnados por los estímulos del animal al cual la jauría humana persigue, sus olores, su visión, el ruido que produce al escapar, etc., un *homo habilis* se distrae y descubre así la presencia del animal en las huellas que observa o en las fecas que ha dejado, es cuando se hace posible distanciarse de la tiranía del estímulo y aparece el signo, y de ahí la palabra y la cultura.²⁹ Marina sostiene que Freud afirmó que “la libre gratificación de las necesidades instintivas del hombre es incompatible con la sociedad civilizada: la renuncia y el retardo de las satisfacciones son los prerequisites del progreso”.³⁰

La propuesta de desarrollo a escala humana

En el año 1986 vio la luz *Desarrollo a escala humana*,³¹ publicación que contiene la propuesta de una teoría de las necesidades humanas fundamentales y una concepción del desarrollo que rompe radicalmente con las visiones dominantes que lo hacen análogo al crecimiento económico. En esta propuesta se plantea la existencia, en relación a las necesidades, de un sistema conformado por tres subsistemas: el subsistema de las necesidades, el subsistema de los satisfactores y el subsistema de los bienes. Si estos tres subsistemas conforman un sistema, consecuentemente se afectan mutuamente. Entonces, ¿cuál es el papel que cada uno de ellos juega?

El subsistema de las necesidades incluye lo que se podría describir como nuestra interioridad; nuestras necesidades son algo que está radicado al interior de nuestra piel, y que solamente se puede vivenciar en forma subjetiva. La necesidad siempre se vive en un plano absolutamente personal. Lo afirmado no significa una postura individualista, sino más bien que las necesidades son algo que nos constituye como humanos, que está impreso en

²⁸ H. Maturana, *Emoción y lenguaje en educación y política*, Dolmen Ensayo, Santiago de Chile, 2001, y H. Maturana y S. Nisis, *Formación humana y capacitación*, Unicef/Dolmen, Santiago de Chile, 1997.

²⁹ Recomiendo la lectura de *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*, de José Antonio Marina, pp. 41-43, donde se realiza una sugerente descripción de ese momento.

³⁰ J. A. Marina, *Las arquitecturas del deseo. Una investigación sobre los placeres del espíritu*, Anagrama, Barcelona, 2007, p. 28.

³¹ M. Max-Neef, A. Elizalde y M. Hopenhayn, *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*, número especial de la revista *Development Dialogue*, Cepaur - Fundación Dag Hammarskjöld, Uppsala (Suecia), 1986. Una versión inglesa fue publicada como “Human Scale Development”, en *Development Dialogue*, N° 1, 1989.

nuestra naturaleza. Somos nuestras necesidades. Por lo tanto, cuando hablamos de naturaleza humana nos estamos refiriendo a este subsistema. Siendo las necesidades algo que fundamentalmente nos es dado, por más que queramos no las podemos modificar, de la misma manera que no podemos modificar nuestros subsistemas biológicos, porque ellos hacen parte de la vida. Por esta razón se afirma que las necesidades humanas fundamentales son universales, es decir, son y han sido las mismas para todos los seres humanos a lo largo de la Historia y de las culturas.

El segundo subsistema es el de los satisfactores. Al contrario que las necesidades, los satisfactores son las formas históricas y culturales mediante las cuales damos cuenta de nuestras necesidades humanas fundamentales. Son la historización de nuestras necesidades. Constituyen las formas a través de las cuales en cada cultura, en cada sociedad, en cada circunstancia histórica, se buscan y diseñan las mejores formas de actualizar las necesidades de sus integrantes. Sin embargo, en cuanto formas de hacer las cosas, los satisfactores, por una parte, son inmateriales y son contruidos culturalmente, pero, por otra parte, constituyen la interfaz entre lo que es la exterioridad y la interioridad, entre los bienes y las necesidades fundamentales.

El tercer subsistema es el de los bienes. Los bienes son los artefactos materiales de la cultura y son fundamentalmente pura exterioridad, son objetos o cosas que potencian la capacidad de los satisfactores para poder dar cuenta de la necesidad. Vivimos rodeados de bienes. Bienes son todos los elementos producidos por nosotros que están fuera de nuestra propia piel. Ahora bien, lo que ocurre es que estos elementos, en tanto que son exterioridad, tienen una existencia física, son materiales. Por definición, un bien es algo de tipo material, algo concreto y, consecuentemente, tiene un peso entrópico. De tal modo que grava al sistema mayor, que es el sistema de la vida, de la biosfera, y ésta es una cuestión que no es trivial, sino bastante significativa.

Los bienes, en tanto que tienen peso entrópico, están acotados dentro de límites que no se puede transgredir. Por una parte, su elaboración siempre va a requerir de materiales, de materias primas que deberemos extraer de la naturaleza; por otra parte, su producción genera desechos, vertidos, residuos líquidos, sólidos o gaseosos que retornan al ambiente; así como también, en algún momento, la cantidad de bienes se traduce en chatarra o basura, y por más que creamos que los procesos económicos terminan exclusivamente en los bienes, eso es equivocado. Terminan en lo que es fundamentalmente producción de basura, y eso implica problemas como el de dónde depositar los desechos. Un indicador del desarrollo es la producción de basura; en la medida que aumenta el ingreso *per cápita* y por lo tanto el consumo, crece la basura. Los pobres producen poca basura, los ricos producen mucha basura. Los países desarrollados superan ya los dos kilos de basura diaria por persona, y los países subdesarrollados están en el orden de medio kilo por persona. Eso significa magnitudes enormes, si pensamos en los millones de individuos que pueblan el planeta.

Se ha planteado en esta teoría que las necesidades son pocas, finitas y, consecuentemente, se sostiene que son clasificables. Se ha propuesto una taxonomía de nueve necesidades humanas fundamentales: subsistencia, protección, afecto, entendimiento, creación, participación, ocio, identidad y libertad. Cada una de ellas constituye a su vez un subsistema del subsistema de necesidades dentro del sistema de las necesidades humanas.

Esas nueve necesidades tienen un rango o estatuto ontológico similar. No hay ninguna de menor categoría que otras. Conforman un sistema y, como consecuencia, están profundamente implicadas unas con otras, constituyendo lo que podríamos llamar la naturaleza humana, en forma análoga a los sistemas o subsistemas que conforman nuestro organismo de seres vivos. Por consiguiente, de la misma manera que sería muy difícil establecer si es más importante en nuestra biología el sistema cardiorrespiratorio o el sistema gastrointestinal, algo parecido ocurre con las necesidades. La visión dominante nos ha hecho creer que la necesidad fundamental es la necesidad de subsistencia; sin embargo, en nuestra propuesta no hay jerarquías dentro del sistema. Todas las necesidades tienen una importancia equivalente.

La visión dominante nos ha hecho creer que la necesidad fundamental es la necesidad de subsistencia; sin embargo, todas las necesidades tienen una importancia equivalente

Al ser las necesidades humanas fundamentales iguales para todos e iguales en importancia, cambia el concepto de pobreza y también el de riqueza, porque, en la visión tradicional, la pobreza está asociada exclusivamente a ausencia de subsistencia, es decir, de pan, techo y abrigo. Según esta concepción, para todas las necesidades existe un umbral presistémico. La privación en cualquiera de ellas, más allá de un cierto nivel, conduce al desmoronamiento del sistema de necesidades y, consecuentemente, de la vida. La gente se muere no solamente de hambre sino también por carencia de afecto o por carencia de identidad. De ahí que sea necesario hablar de pobrezas y de riquezas.

Así, podemos preguntarnos: ¿qué pobrezas, en términos de carencias o de insatisfacción, experimentan aquellos niños que asesinan a sus compañeros de curso en los colegios de EEUU? Esa es la sociedad que se ha constituido en el modelo cultural a imitar, y hacia la cual todos aparentemente transitamos mediante nuestro esfuerzo por el crecimiento económico, la inserción en la economía global, la liberalización de los mercados o la construcción de grandes centros comerciales, donde se concentran los nuevos templos de la sociedad de consumo.

Por otra parte, la hegemonía de la visión cultural tradicional, que establece una jerarquía de necesidades propia de otras culturas, ha terminado imponiéndonos concepciones de la

realidad donde tendemos a desvalorizar nuestros propios recursos, nuestra riquezas, empobreciéndonos de esa manera al imponernos sus escalas de valores, de deseos y de consumo. ¿Qué decir de la enorme riqueza contenida en los satisfactores para actualizar la necesidad de afecto en nuestras sociedades? ¿O la enorme abundancia contenida en la relación que establecen con la naturaleza los pueblos andinos y amazónicos para dar cuenta de sus necesidades de entendimiento y subsistencia?

Esbozo de una propuesta

A partir de la conceptualización anterior podemos sugerir la existencia de tres tipos de sociedad. La primera es la sociedad occidental, que ha tenido éxito en implantar su modelo en todo el mundo dando origen a la actual sociedad consumista, en la cual se produce un sobredimensionamiento del subsistema de los bienes y, obviamente, un subdimensionamiento de lo que son las necesidades y los satisfactores. Este tipo de sociedad es la que vivimos nosotros actualmente. Una sociedad en la que el exceso de bienes nos va embotando tanto desde el punto de vista valorativo como desde el punto de vista emocional. La riqueza es entendida aquí como posesión de bienes, en tanto que se refiera a una mayor disposición relativa de bienes y servicios. Por el contrario, pobreza es equivalente a ausencia o privación de bienes.

Es este un tipo de sociedad que, sin embargo, pese a su enorme potencial tecnológico, es absolutamente insustentable en el tiempo, ya que genera niveles tales de entropía ambiental y social, que parece inviable política y psicosocialmente. Basta, para demostrar lo anterior, con hacer referencias a la destrucción de biodiversidad, a los cambios climáticos globales, a la enorme concentración del ingreso, entre otros tantos efectos no deseados.

Más aún, no es posible olvidar que entre un 40 y un 50% de la población mundial –en particular en China e India– ha optado finalmente, debido a las presiones globalizadoras, en los años recientes, por incorporarse definitivamente al modelo industrializador occidental, abandonando así sus caminos propios. Es inevitable entonces preguntarse qué impacto tendrá sobre los cambios climáticos globales, y sobre los riesgos planetarios, la incorporación de estos dos gigantes demográficos al estilo de vida occidental, si lo hacen con un estilo relativamente superado en los países del primer mundo, pero que nos dejó como legado los altísimos niveles de contaminación y depredación ambiental existentes en la actualidad. Y eso que sólo benefició a un contingente demográfico cinco veces más pequeño.

Todo ello genera sociedades como el Brasil actual, del cual Josué de Castro ha afirmado que la mitad de la población no duerme porque tiene hambre y la otra mitad no duerme

por miedo a los que tienen hambre. Allí 62 millones viven en la pobreza, 20 de ellos bajo la línea de la miseria o pobreza extrema. El proceso de globalización de la economía ha sido responsable por el aumento del *apartheid* social y no ha sido capaz de generar ingresos y empleos.

Un segundo tipo es el de sociedad ascética, que aún subsiste en diversos lugares del mundo. Se trata de sociedades donde hay un sobredimensionamiento del subsistema de las necesidades, produciendo un subdimensionamiento de los bienes y los satisfactores. En muchas concepciones orientales existe una valoración moral de la negación del deseo, una negación de la necesidad, y por esa vía se afirma que uno obtiene mayores grados de libertad. Sin embargo, eso se hace en desmedro de lo que son bienes y satisfactores. La riqueza es así entendida como una ausencia de necesidad en cuanto menor cantidad de deseos y, por el contrario, la pobreza es el exceso e incluso la abundancia de deseos.

En gran parte o casi la totalidad de las sociedades no occidentales existió un nivel de equilibrio y de relaciones socioambientales que fue empobrecido de manera brutal por la imposición de una concepción del mundo proveniente de Europa.³² Es importante, además, recordar, como sostiene Lourdes Arispe,³³ que en muchas, si no la mayoría, de las sociedades tradicionales, el excedente de bienes se redistribuía mediante las celebraciones que operaban como una forma de inversión en la solidaridad social y en el establecimiento de límites a la apropiación privada, institucionalizando de ese modo la necesaria cooperación y solidaridad, mediante diversas formas de reciprocidad.

Atenazados entre las dos opciones ya presentadas, podría creerse que no hay alternativas posibles. Por ello considero imprescindible plantear una nueva propuesta de organización social y cultural, la cual creo que está siendo posibilitada por las transformaciones globales que estamos experimentando, y a la vez por los niveles de conciencia que la humanidad está alcanzando. Es la que presento a continuación y que recibe provisoriamente el nombre de sociedad ecosocialista.

Ésta sería una sociedad donde lo que se trabaje preferentemente debe ser la oferta de satisfactores, tanto en calidad como en cantidad; de lo que se trata es de enriquecer las formas en que damos cuenta de las necesidades humanas. Aquí es importante señalar lo siguiente: los satisfactores, en tanto que elementos inmateriales de una cultura, no tienen

³² El origen de dicho empobrecimiento radica en el hecho de que una cultura (cosmovisión) que, como todas, surge de la interacción humana en un territorio específico y su ecosistema singular, se impone sobre otros territorios y sus ecosistemas singulares como una forma universal (la única) de ser humano. En este sentido, la tecnología y la capacidad que ella tiene para producir sistemas artificiales es el principal instrumento de occidentalización.

³³ Ver PNUD, *Informe Mundial sobre Desarrollo Humano 1998*, op. cit., p. 60 (recuadro 3.4 "La fiesta de la comunidad aumenta la solidaridad").

peso material, no generan una carga sobre el medio ambiente. Los satisfactores son las formas culturales, son lo más propiamente humano porque constituyen lo que creamos culturalmente. La concepción de riqueza propia de este tipo de sociedad es la dotación de mayores y mejores satisfactores. La pobreza sería entonces la existencia de satisfactores de menor calidad y en menor cantidad.

En resumen, las necesidades humanas son algo que está impreso en nuestra naturaleza, algo que nos fue dado. Por otro lado, los bienes son algo que, al igual que los satisfactores, producimos culturalmente, pero su problema es que tienen un límite o umbral puesto por su materialidad, que es lo que olvidan quienes confunden crecimiento y desarrollo. Los que, sin embargo, no tiene límites son justamente los satisfactores, las formas mediante las cuales damos cuenta de nuestras necesidades, las maneras de ser, tener, hacer y estar en el mundo del que formamos parte. Por su propia naturaleza son inmateriales, pero a la vez son algo que construimos en la relación con otros seres humanos, esto es, en la producción de cultura.

Papel estratégico de los satisfactores

Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn señalan: “Son los satisfactores los que definen la modalidad dominante que una cultura o una sociedad imprimen a las necesidades. Los satisfactores no son los bienes económicos disponibles sino que están referidos a todo aquello que, por representar formas de ser, tener, hacer y estar, contribuye a la realización de necesidades humanas. Pueden incluir, entre otras, formas de organización, estructuras políticas, prácticas sociales, condiciones subjetivas, valores y normas, espacios, contextos, comportamientos y actitudes; todas en una tensión permanente entre consolidación y cambio.

La alimentación es un satisfactor, como también puede serlo una estructura familiar (de la necesidad de protección, por ejemplo) o un orden político (de la necesidad de participación, por ejemplo). Un mismo satisfactor puede realizar diferentes necesidades en culturas distintas, o vivirse de manera diversa en contextos diferentes a pesar de estar satisfaciendo las mismas necesidades.

Mientras un satisfactor es en sentido último el modo por el cual se expresa una necesidad, los bienes son en sentido estricto el medio por el cual el sujeto potencia los satisfactores para vivir sus necesidades. Cuando la forma de producción y consumo de bienes conduce a erigir los bienes en fines en sí mismos, entonces la presunta satisfacción de una necesidad empaña las potencialidades de vivirla en toda su amplitud. Queda, allí, abonado el terreno para la confirmación de una sociedad alienada que se embarca en una carrera

productivista sin sentido. La vida se pone, entonces, al servicio de los artefactos en vez de los artefactos al servicio de la vida. La búsqueda de una mejor calidad de vida es suplantada por la obsesión de incrementar la productividad de los medios.

La construcción de una economía humanista exige, en este marco, un importante desafío teórico, a saber: entender y desentrañar la dialéctica entre necesidades, satisfactores y bienes económicos. Esto, a fin de pensar formas de organización económica en que los bienes potencien satisfactores para vivir las necesidades de manera coherente, sana y plena.

La situación obliga a repensar el contexto social de las necesidades humanas de una manera radicalmente distinta de como ha sido habitualmente pensado por planificadores sociales y por diseñadores de políticas de desarrollo. Ya no se trata de relacionar necesidades solamente con bienes y servicios que presuntamente las satisfacen; sino de relacionarlas, además, con prácticas sociales, formas de organización, modelos políticos y valores que repercuten sobre las formas en que se expresan las necesidades.

Para una teoría crítica de la sociedad no basta especificar cuáles son los satisfactores y bienes económicos dominantes al interior de ella, sino presentarlos además como productos históricamente constituidos y, por lo tanto, susceptibles de ser modificados. Por consiguiente es necesario rastrear el proceso de creación, mediación y condicionamiento entre necesidades, satisfactores y bienes económicos”.³⁴

Es importante señalar que los satisfactores no son neutros y son de varias clases. En la propuesta de *Desarrollo a escala humana* identificamos cinco tipos:

Los satisfactores destructores o violadores, que son aquellos que por la forma en que satisfacen la necesidad no solamente aniquilan la posibilidad de satisfacción de esa necesidad en un plazo inmediato, sino que imposibilitan además la satisfacción de otras necesidades humanas. Un ejemplo muy conspicuo es el armamentismo, que pretende satisfacer la necesidad de protección, pero imposibilita la subsistencia porque las armas son para matar; imposibilita el afecto, ya que nadie ama a alguien que lo hiere o mata. En nuestros países sucede lo mismo con la participación y la libertad; se han usado las armas para impedir justamente que se puedan desarrollar normalmente los procesos electorales y el ejercicio de las diversas libertades.

Los pseudosatisfactores estimulan una falsa sensación de satisfacción de una necesidad determinada; pueden aniquilar, en un plazo mediano, la posibilidad de satisfacer la nece-

³⁴ M. Max-Neef, A. Elizalde y M. Hopenhayn, *op. cit.*, 1986, p. 35.

sidad a la cual originalmente se dirigen. Son inducidos por la propaganda, la publicidad u otros medios de persuasión. Ejemplos notorios son la prostitución, las modas, la automedicación irresponsable, la drogodependencia y los nacionalismos estrechos.

Los satisfactores inhibidores habitualmente sobresatisfacen una necesidad determinada y con ello dificultan seriamente la posibilidad de satisfacer otras necesidades. Habitualmente se hallan ritualizados y fuertemente arraigados en hábitos y costumbres. Algunos ejemplos son el paternalismo, la familia sobreprotectora, el clientelismo político, los monocultivos, los mesianismos y la competencia económica obsesiva, entre muchos otros.

Los satisfactores singulares apuntan a la satisfacción única y exclusiva de una necesidad, siendo por tanto neutros respecto a otras necesidades. Frecuentemente son institucionalizados, esto es, producidos desde espacios y actores institucionales de la sociedad. Ejemplos de ellos son muchas de las políticas y programas públicos, y prácticas institucionalizadas como los espectáculos deportivos, los procesos electorales, los sistemas de seguros, etc.

Ya no se trata de relacionar necesidades solamente con bienes y servicios que presuntamente las satisfacen; sino de relacionarlas además con prácticas sociales, formas de organización, modelos políticos y valores que repercuten sobre las formas en que se expresan las necesidades

Por último existen también satisfactores sinérgicos.³⁵ Estos son el anverso del satisfactor destructor. Los satisfactores sinérgicos se caracterizan porque mediante la forma en que dan cuenta de la necesidad logran producir un potenciamiento generalizado en todo el sistema. Entonces, aunque se expresen apuntando a una necesidad, actualizan a la vez otras necesidades, como por ejemplo en el caso de la lactancia materna; si la madre le da un biberón al lactante satisface sólo su necesidad de subsistencia, mientras que si le da de mamar a la vez estimula la protección, el afecto y la identidad.

La propuesta presentada aquí apunta a la identificación y utilización preferente de satisfactores que sean sinérgicos, donde la realización de las necesidades no sea la meta, sino el motor del desarrollo mismo. Así promueven el tránsito del objeto de prestación o beneficiario de servicios al sujeto participante y protagónico; el tránsito de lo puntual al proceso histórico y colectivo; y de lo individual, al grupo, a la comunidad, al territorio.

³⁵ Sinergia significa el comportamiento de un sistema completo, que resulta impredecible a partir del comportamiento de cada una de sus partes consideradas aisladamente. En este sentido, la sinergia comporta una forma de potenciación, es decir, un proceso en el cual la potencia de los elementos asociados es mayor que la potencia sumada de los elementos tomados por separado.

Una orientación genérica: hacia una ética de la sustentabilidad mediante el cambio de nuestros hábitos de consumo

El principio-abajamiento

Joaquín García Roca, con una notable intuición ética, planteó la necesidad del principio-abajamiento: “La universalización hace que la solidaridad entre en una nueva fase, caracterizada por el abajamiento o, en términos bíblicos, por un cierto anonadamiento. La solidaridad por abajamiento obliga a renunciar al disfrute de algunos derechos e incluso a ir en contra de nuestros intereses. La solidaridad exige hoy que los fuertes se abajen con los débiles en contra de sus propios intereses. En el mundo único, desigual y antagónico, no es posible ser solidarios sin quedar afectado radicalmente el propio bienestar, ya que nuestro modo de vida no se puede generalizar a toda la humanidad. Esta solidaridad consiste en organizar todo desde los derechos de los menos-iguales. Se trata de abajarse hacia ellos, ya que no va a ser posible que ellos suban al nivel que hemos alcanzado nosotros”.³⁶

*Una propuesta política: la Línea de Dignidad como horizonte ético y político para la sustentabilidad*³⁷

La Línea de Dignidad corresponde a una elaboración conceptual que pretende “conciliar los objetivos de sustentabilidad ambiental con los objetivos distributivos de la equidad social y la democracia participativa (...) Pretende establecer los parámetros para un nuevo indicador social, que eleva el nivel de satisfacción de necesidades establecidas en la ‘línea de pobreza’ a una nueva línea base, concebida como de dignidad humana, y establecida bajo un enfoque de necesidades humanas ampliadas. Ello eleva la concepción tradicional de equidad social desde la formulación de la vida mínima (mera superación de la línea de la pobreza) a la formulación de una vida digna”.³⁸

“Simultáneamente, constituye un referente de redistribución, una línea de convergencia entre las sociedades industrializadas del Norte y las sociedades en desarrollo del Sur. Se reconoce indignidad no sólo en el subconsumo de los pobres, sino también en el sobrecon-

³⁶ J. García Roca, *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*, Edic.HOAC, Madrid, 1998, p. 37.

³⁷ Ver la propuesta de Línea de Dignidad, elaborada en forma conjunta por equipos de Brasil, Chile y Uruguay en el marco del Programa Conosur Sustentable en *Línea de Dignidad: desafíos sociales para la sustentabilidad*, Programa Conosur Sustentable, Santiago de Chile, 2002, y *Linha da Dignidade: construindo a sustentabilidade e a cidadania*, Tania Pacheco (org.), FASE/BSD/Programa Cone Sul Sustentável, Río de Janeiro, 2005.

³⁸ S. Larrain, “La Línea de Dignidad como indicador de sustentabilidad socioambiental”, en *Línea de Dignidad: desafíos sociales para la sustentabilidad*, op. cit., 2002, p. 89.

sumo de los ricos. La Línea de Dignidad permitiría así contar con un instrumento conceptual para avanzar hacia una mayor equidad internacional en las relaciones Norte-Sur, como asimismo en la equidad interna en los propios países del Sur, al establecer un referente político de lo que sería aceptable éticamente como un nivel de consumo humano digno o decente”.³⁹

Lo anterior se ve plenamente reforzado desde la reflexión aportada por Adela Cortina, quien ha señalado que no podemos olvidar que los bienes son por naturaleza sociales, y que “una ética del consumo se ve obligada a decir que una forma de consumo es injusta si no permite el desarrollo igual de las capacidades básicas de todos los seres humanos”. En su libro *Por una ética del consumo. La ciudadanía del consumidor en un mundo global*, la autora propone un Pacto Global sobre el Consumo.⁴⁰

El desarrollo moral es, según creo, el tránsito desde la lealtad a la justicia. Para explicar esto recurriré a un ejemplo del filósofo estadounidense Richard Rorty. Dos niños están peleando entre ellos; si ambos son hijos míos, yo puedo ser justo, pero si uno de ellos no es hijo mío, posiblemente primará en mí la lealtad. El desarrollo moral de la humanidad consiste en la ampliación de los círculos de lealtad para poder así alcanzar la justicia. Y tengo la convicción de que sin justicia, no será posible lograr la sustentabilidad.

Sin justicia,
no será
posible
lograr la
sustentabilidad

Una propuesta epistemológica. Hacia una nueva visión

A continuación, propongo una nueva conceptualización de los recursos distinguiendo entre:

- Recursos convencionales (escasos): aquellos sometidos a la segunda ley de la termodinámica. Se aplica a ellos el principio del juego suma cero: si los comparto, los pierdo. Uno gana y otro pierde. Constituyen el objeto de la economía como ciencia.
- Recursos abundantes: no son de interés para la economía. Por ello se han invisibilizado en nuestro imaginario debido a la hegemonía del lenguaje economicista.

³⁹ A. Elizalde, “Satisfacción de necesidades humanas para una vida digna: Línea de Dignidad y necesidades humanas fundamentales”, en *Línea de Dignidad: desafíos sociales para la sustentabilidad*, op. cit., 2002, p. 113.

⁴⁰ A. Cortina, *Por una ética del consumo. La ciudadanía del consumidor en un mundo global*, Taurus, Madrid, 2002.

- Recursos sinérgicos: aquellos que trascienden la segunda ley de la termodinámica. Su naturaleza es ser compartidos porque así crecen. El principio que los rige es el del juego en el cual todos ganan. El lenguaje, la reciprocidad, la amistad, la solidaridad, la información, el conocimiento, el amor, la cultura, la confianza, la ciencia, la democracia y la sabiduría son algunos ejemplos de recursos sinérgicos.

Hacia un cambio de nuestra concepción respecto a los bienes

“Una civilización basada en bienes que respondan a los deseos estrambóticos y desquiciados de seres insensibles a la necesidad de otros es inviable, ilegítima e injusta, y por eso profundamente inmoral. Cualquiera de Uds. o yo puede ser ese otro, podría llegar a estar en el lugar de ese otro, sufriente, golpeado, acibillado, torturado, hambriento, negado. Por eso es por lo que es necesario cambiar nuestra noción de bien”.⁴¹

De ahí la necesidad imprescindible de cambiar nuestra concepción respecto a los bienes. “Bien será, entonces, sólo aquello que, en una perspectiva sistémica, mirado en escalas temporales transgeneracionales, en dimensiones territoriales no sólo locales sino también globales, y además en miradas transculturales, sea capaz de generar bucles de retroalimentación positivos, causaciones circulares acumulativas, esto es, sinergias, potenciamentos y enriquecimientos mutuos”.⁴²

Suscribo las pistas para trascender las metáforas de “producción” y “desarrollo” y su proyección institucional, sugeridas por José Manuel Naredo:

“Mentales. Aplicar metáforas y enfoques que evidencien:

- a) el lado oscuro del ‘desarrollo’ abriendo el cajón de sastre de la ‘producción’ de valor, para orientar la gestión contando con una participación social informada de las dimensiones físicas y sociales;
- b) las frustraciones que genera la ‘competitividad’, ‘el individualismo posesivo’ y el ‘trabajo dependiente’ para promover actividades más gratificantes y solidarias;
- c) la confusión que genera el uso ‘ceremonial’ de las instituciones y el lenguaje.

Institucionales. Revisar:

- a) las reglas y las instituciones que orientan la valoración mercantil, para hacer que tengan en cuenta los costes físicos y sociales;

⁴¹ A. Elizalde, *Desarrollo Humano y Ética para la Sustentabilidad*, PPC, Madrid 2005, p. 18.

⁴² *Ibidem*.

- b) las reglas y las instituciones que gobiernan el sistema financiero, para limitar y controlar socialmente la creación de dinero en sentido amplio (emisión de pasivos no exigibles);
- c) la actual teoría de la propiedad, para desacralizarla y justificarla sólo atendiendo a sus posibles funciones;
- d) las redes de protección social y de contratación laboral, para asegurar la autonomía individual evitando situaciones de extrema pobreza y/o explotación”.⁴³

Entonces, ¿qué puedo hacer yo? Algo tremendamente importante: decidir respecto a qué vida quiero tener

Deseo compartir con los lectores una bella historia que es un regalo de Alberto Acosta, economista ecuatoriano, ex ministro de Energía en el Gobierno de Rafael Correa y actual presidente de la Asamblea Constituyente de este país.

“Una vez, un padre de una familia acaudalada llevó a su hijo a un viaje por el campo con el firme propósito de que su hijo viera cuán pobres eran las gentes del campo. Estuvieron por espacio de un día y una noche completa en una granja de una familia campesina muy humilde. Al concluir el viaje, y de regreso a casa, el padre le pregunta a su hijo:

- *¿Qué te pareció el viaje?*
- *Muy bonito papi.*
- *¿Viste que tan pobre puede ser la gente?*
- *Sí.*
- *¿Y qué aprendiste?*

– Vi que nosotros tenemos un perro en casa, ellos tienen cuatro. Nosotros tenemos una piscina que llega de una pared a la mitad del jardín, ellos tienen un riachuelo que no tiene fin. Nosotros tenemos unas lámparas importadas en el patio, ellos tienen las estrellas. El patio llega hasta la pared de la casa del vecino, ellos tienen todo un horizonte de patio. Ellos tienen tiempo para conversar y estar en familia; tú y mi mamá tienen que trabajar todo el tiempo y casi nunca los veo.

Al terminar el relato, el padre se quedó mudo... y su hijo agregó:

- *Gracias papi por enseñarme lo ricos que podemos llegar a ser”.*

En nuestra vida, muchas de las cosas realmente importantes y valiosas no siempre las vemos como tales... Una amistad, un paisaje, tiempo para los que queremos y nos quieren, un beso, una sonrisa...

⁴³ J. M. Naredo, *op. cit.*, 2006, p. 229.

Sin embargo, estamos siendo muy estúpidos. Nos quejamos y tenemos la solución muy cerca de nosotros, valoramos mucho más lo que no tenemos, lo que hemos perdido, y no valoramos lo que tenemos; incluso estamos fomentando sistemáticamente la devaluación de todo lo que tenemos. Hay quienes dicen estar tan deprimidos que se van a comprar. ¿Por qué tenemos más de lo que necesitamos? Porque estamos aburridos, porque tenemos que llenar nuestro tiempo y proveer de sentido a nuestras vidas (¿quizás vacías?).

Si nos preocupa realmente la sustentabilidad, tendríamos que estar dispuestos a:

- compartir más con aquellos que tienen menos;
- evitar derrochar y consumir en exceso;
- suprimir el consumo de cosas que son altos consumidores de energía;
- buscar un tipo de desarrollo más personal y menos tecnológico;
- educarnos para disfrutar de una vida más rica y plena, más atractiva y placentera;
- reducir los horarios de trabajo;
- lograr un desarrollo más vivible, con más vida afectiva y familiar;
- reorientar esfuerzos y recursos a la educación;
- trabajar individual y colectivamente por la sustentabilidad.

Un regalo final

Un poema del poeta venezolano Gustavo Pereira puede ser un excelente colofón final que nos indique en qué dirección orientar nuestras creencias y nuestras conductas para recuperar la cordura y la sensatez perdidas.

Sobre salvajes

*Los pemones de la Gran Sabana
llaman al rocío Chiriké-yeetakuú,
que significa Saliva de las Estrellas;
a las lágrimas Enú-parupué,
que quiere decir Guarapo de los Ojos,
y al corazón Yewán-enapué
Semilla del Vientre.
Los waraos del delta del Orinoco
dicen Mejokoji
El Sol del Pecho para nombrar al alma.
Para decir amigo dicen Ma-jokaraisa:*

*Mi Otro Corazón.
Y para decir olvidar
dicen Emonikitane,
que quiere decir Perdonar.
Los muy tontos no saben lo que dicen
Para decir tierra dicen madre
Para decir madre dicen ternura
Para decir ternura dicen entrega
Tienen tal confusión de sentimientos
que con toda razón
las buenas gentes que somos
les llamamos salvajes.*